

SANTIAGO CABRERA HANNA, EDIT., **PATRIMONIO CULTURAL, MEMORIA LOCAL Y CIUDADANÍA**, QUITO, UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR/ CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL/CORPORACIÓN CIUDAD ALFARO, 2011, 246 pp.

“A veces me da miedo la memoria.
En sus cóncavas grutas y palacios
(Dijo San Agustín), hay tantas cosas,
El infierno y el cielo están en ella”.

Jorge Luis Borges

Supongamos que en un momento dado debemos dejar la casa en la que hemos habitado durante toda nuestra vida. Tal mudanza implica una separación dolorosa del espacio físico y simbólico en el que, a más de objetos materiales –tangibles a partir de su textura, peso, dureza, etc., hemos ido guardando de alguna manera nuestras vivencias y experiencias en forma de recuerdos (historias, anécdotas, canciones, rimas, celebraciones, mitos familiares, etc.) intangibles, pero ligados a los distintos espacios de la casa: en este cuarto... en aquel salón... aquí en el patio... ¿Cómo elaborar una reflexión sistemática y por lo tanto significativa de qué deberíamos guardar y trasladar al nuevo espacio y qué no? ¿Cómo extrapolar este conjunto de ideas y debates a escala nacional, y así generar un diálogo con actores tan diversos como el mismo Estado y un determinado grupo de ciudadanos, por ejemplo?

Buena parte de las políticas públicas de gestión del patrimonio de las últimas dos décadas han dado por sentado determinados presupuestos que han desembocado en fórmulas archivísticas y de recuperación y reconstrucción. Debates más recientes en torno a las políticas del patrimonio cultural han desarrollado una determinada manera de entender el tiempo –el pasado-presente-futuro como una secuencia lineal estrechamente interconectada– como concepto central para desarrollar dos ejes centrales en la elaboración de sus estrategias públicas. Por un lado están las políticas de recuperación (incluyendo la restauración/regeneración si hiciera falta) de aquello que existió y ha dejado de existir o aquello que está por desaparecer; por el otro lado están las políticas de prevención y preservación anticipada, aquellas que intentan decidir con anterioridad qué puede ser significativo para la ciudadanía actual y para las generaciones venideras en los complejos procesos de construcción

de memoria como elemento potencial para la construcción de las identidades.

En ambos casos, el elemento central del debate es la pregunta en torno a ¿cómo permitirle a generaciones futuras que conozcan determinada práctica cultural? Las prácticas culturales son ante todo prácticas humanas para dotar de sentido a la vida y están ligadas a dos ámbitos fundamentales: los objetos materiales y las prácticas intangibles que devienen en huellas históricas. En el primer caso se trata de artefactos tangibles –en tanto provistos de una materialidad determinada–, en el segundo en aquellas prácticas cuya naturaleza efímera (oralidad, corporalidad, etc.) les agrega una fragilidad adicional. Estas aproximaciones darían cuenta de un debate en torno a ¿qué debemos *patrimoniar*? mas no de quiénes tendrían derecho a participar en la toma de decisión de este *qué* a ser rescatado/preservado/recuperado. Hace muy pocos años apenas se incluyó la pregunta por una posible voz ciudadana en estas instancias que deciden qué será preservado y qué desaparecerá.

El libro *Patrimonio cultural, memoria local y ciudadanía*, editado por Santiago Cabrera, detona un debate articulado por la voz de una veintena de autores que propone una serie de reflexiones y debates que surgieron en el marco del “I Encuentro Memoria Local, Patrimonio Cultural y Ciudadanía”, realizado en 2010 en Montecristi, Ecuador. El libro está estructurado en tres capítulos con sus determinados ejes temáticos. Así, el primer capítulo centra su atención en el ámbito de los patrimonios culturales subdivididos a su vez en cinco acápites (patrimonio documental, patrimonio inmaterial, cultura inmaterial, patrimonio arqueológico y patrimonio inmueble). Este capítulo rastrea, a través de ensayos de distintos autores como Lucía Chiriboga (fotógrafa y socióloga), Franklin Cepeda (historiador), Juan Mullo Sandoval (etnomusicólogo), Guillermo Bustos (historiador), Galo García Idrovo (pensador y educador) y Paulina Moreno Peralta (investigadora) la pregunta en torno a la materialidad de los repositorios fotográficos, bibliográficos, sonoros y archivísticos (documental) y los fines a partir de los cuales estas fuentes han sido rescatadas/preservadas. En ese sentido, los autores de esta sección reflexionan sobre distintos hallazgos y los complejos modos para que los mismos fueran sistematizados en relación con la materialidad misma de aquello que deviene en patrimonial. Parece irrumpir así la pregunta central que se desprende de estas aproximaciones: ¿qué memoria material hemos podido recuperar, por qué y con qué metodología?

La segunda parte del libro, titulado *Historia y memorias locales*, aproxima al lector a través de dos textos a las memorias y los imaginarios relacionados con la Revolución liberal del Ecuador. Bajo el presupuesto que los acontecimientos políticos y sociales de una nación pueden devenir en lo que Maurice Halbwachs llamó “los marcos sociales de la memoria”, entonces cabe preguntarse cómo la Revolución liberal del Ecuador de fines del siglo XIX pudo

haber operado como marco social de la memoria local. Así, mientras en uno de los textos de este capítulo, Ángel Emilio Hidalgo revisa la figura del General Eloy Alfaro Delgado desde la perspectiva de la memoria colectiva y los distintos imaginarios sociales que de la misma se desprenden; Tatiana Hidrovo desarrolla su reflexión en torno a la idea de una memoria compartida que, en el caso de la Revolución liberal, deviene en “memoria emblemática nacional” en tanto representación social de un acontecimiento histórico.

¿Quién debe asumir la gestión del patrimonio y en qué términos y condiciones? ¿Qué rol deben asumir respectivamente el Estado y la ciudadanía? ¿Cómo mediar estas dos instancias? Bajo el título *Ciudadanía, patrimonio y políticas culturales*, la tercera parte de esta compilación aborda desde los textos de Germán Fierro y Monserrath Tello las complejas tensiones inscritas en la mediación que las distintas políticas culturales intentan articular entre el ciudadano y su patrimonio cultural. Mientras Fierro indaga en la noción del árbol como elemento del espacio público y, por lo tanto, del orden de lo público, es decir, como parte de la esfera en la que el ciudadano de la polis puede y debe hacer el ejercicio de la memoria individual/colectiva, Tello se pregunta por la relación entre la memoria –objetual, experiencial, vivencial– y la identidad nacional. El acto de guardar deviene para la autora en la compleja selección de elementos para la trascendencia –material y simbólica– frente a lo temporal, una estrategia para guardar aquello que deviene en *depositario a priori* de los distintos elementos que pretenden contener y configurar la identidad nacional.

Este libro opera en dos niveles. Por un lado se propone a sí mismo como una hoja de ruta de lo dicho –en tiempo pasado– en el marco del “I Encuentro Memoria Local, Patrimonio Cultural y Ciudadanía”, y por el otro se insinúa audazmente como un documento que se propone generar nuevos debates en torno a las frágiles relaciones epistémicas, políticas y metodológicas que surgen y deben surgir en el entrecruzamiento de Patrimonio cultural, memoria local y ciudadanía, importantes elementos de un debate postergado.

Alex Schlenker

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

JOSÉ MURILO DE CARVALHO, ***A FORMAÇÃO DAS ALMAS. O IMAGINÁRIO DA REPÚBLICA NO BRASIL***, São Paulo, Companhia das Letras
(1990) 2012, 165 pp.

El objetivo de esta obra es comprender la configuración imaginaria de la nación brasileña mediante una aproximación a la elaboración de la simbo-

logía nacional. Esta entrada permite a José Murilo de Carvalho¹ describir los entresijos de una batalla política de dimensiones simbólicas, cuyo propósito fue el de “(...) apoderarse de la imaginación del pueblo” (p. 11)² por medio de unas imágenes destinadas al consumo de quienes, antes súbditos, serían ciudadanos.

La formación de la nación brasileña, en términos generales, puede ser apreciada en dos momentos: en primer lugar, el esfuerzo de manufactura de un proyecto nacional de tipo monárquico (1822-1889), vinculado a la fundación del Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro (IHGB), en 1838, animado por la necesidad de establecer un proyecto de Historia Nacional –como lo ha identificado Manoel Luís Salgado Guimarães–,³ de corte elitista y disciplinar encaminado a definir el “lugar” de Brasil, recientemente independizado, en el contexto internacional, consolidando, al mismo tiempo, el Estado nacional.

El segundo momento, en el que se inscribe la obra que suscita esta reseña, es el del esfuerzo de constitución nacional impulsado por los republicanos, que puede ser considerado como un empeño de “refundación de la nación brasileña” revestida, esta vez, de la indumentaria republicana, en la que la apelación a los imaginarios provenientes de los referentes de la Revolución francesa, la Iglesia positivista, el catolicismo y el ejército; sumados a las apelaciones heroicas de las revueltas regionales y locales en la época colonial, y a los consumos propios de la cultura popular, transfigura el escenario de la formación del Estado republicano brasileño en una guerra de imágenes e imaginarios.

Tal como la Revolución francesa produjo una serie de piezas artísticas, símbolos, liturgias, mitos y calendarios que consolidasen los cultos cívicos que reemplazarían a los rituales monárquicos, las élites políticas brasileñas las acuñaron también para “conquistar el alma del pueblo”, legitimar el naciente proyecto republicano y que funcionasen en un triple registro: como economía del recuerdo del pasado, como herramientas simbólicas que al evocarse definen una comunidad de destino, y como justificativo de la participación de los estamentos militar, ideológico y político en su configuración.

La manipulación de los símbolos alcanzó singulares proporciones en la lucha política por la significación de la naciente república, que urdió la trama

1. Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de Stanford, posdoctorado por la Universidad de Londres y profesor titular de Historia del Brasil en la Universidad Federal de Río de Janeiro (UFRJ).

2. La traducción de los todos apartados citados textualmente de *A formação das Almas...* corresponde al autor de la reseña.

3. Ver Manoel Luís Salgado Guimarães, “Nação e Civilização nos Trópicos: O Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro e o Projeto de uma História Nacional, en *Estudos Históricos*, 1889/1, pp. 5-27.

de su proyecto de patria en base a dos modelos: Francia y los Estados Unidos. En esa lucha de imágenes, de acuerdo con Murilo, los positivistas ortodoxos tuvieron un papel protagónico: “Portadores de una visión del mundo integrada, que incluía un código operacional de una táctica política bien definida, los ortodoxos fueron los que mejor entendieron la importancia de la manipulación simbólica en la reconstrucción del imaginario social” (p. 15).

Seis capítulos y un apartado conclusivo comprenden *A formação das Almas...*⁴ El primero, “Utopías Republicanas” (pp. 17-33), dibuja una trayectoria entre dos modelos de republicanismo: el francés (de carácter corporativo) y el estadounidense (de tipo individual). Esta discusión tuvo por epicentro el tipo de ciudadanía que se establecería con la caída de la monarquía y las nociones de libertad que se abrirían paso en el Brasil: la libertad “de los antiguos”, propugnada por los jacobinos (basada en los modelos clásicos de Atenas, Roma y Esparta), la libertad del “hombre público”; y la libertad “de los modernos”, “del hombre privado, la libertad de los derechos de ir y venir, de propiedad, de opinión, de religión” (p. 17).

Estas nociones, anota Murilo, enfatizaron el papel del Estado en la construcción del andamiaje político, dadas las restrictivas condiciones de participación e incorporación, propios de la sociedad esclavócrata. Estrechez que condujo a que los sectores sociales formados alrededor de la estructura monárquica primero, y republicana después, pusiesen sus ojos en el Estado como mecanismo de inserción y participación. Lo que el historiador brasileño llama “estadania” (pp. 29-33).

Enseguida el libro atiende las luchas por la construcción de una versión oficial de la proclamación. “As proclamações da República” (pp. 34-54). Los hechos del 15 de noviembre de 1889 fueron evocados mediante elaboraciones imaginarias y discursivas que amplificaban la participación de determinados personajes, en desmedro de la comprensión de sus causas (p. 35). Actores magnificados y acontecimientos reducidos.

Tres versiones sobre la proclamación son identificadas por Murilo: la “república militar”, promovida por los altos oficiales del Ejército, veteranos de la guerra contra el Paraguay y cercanos al mariscal Deodoro da Fonseca. Los deodoristas afirmaron la idea de la proclamación como una acción impulsada por el sector armado, con exclusión de las demás fuerzas en disputa (pp. 38-40).

La “república sociocrática” era enarbolada a su vez por quienes reivindicaban el papel de Benjamin Constant en el 15 de noviembre y esgrimían una

4. Originalmente, el capítulo 1, con modificaciones, se publicó bajo el título “Entre a liberdade dos antigos e a dos modernos: a república no Brasil”, en *Dados. Revista de Ciências Sociais*, vol. 32, No. 3 (1989), pp. 265-280; el capítulo 2, “As proclamações da República, a su vez, apareció en *Ciência Hoje*, No. 59, noviembre de 1989, pp. 26-33; y el capítulo 3, en versión resumida, en *Jornal do Brasil*, vol. 2, No. 12, 1989.

imagen espiritual sobre el acontecimiento. Su intervención como un apóstol o evangelizador de los valores positivistas convertía a la Proclamación en un acto espiritual en el que los militares fueron solo sus ejecutores (pp. 40-48).

La “República liberal”, en cambio, animada por los republicanos o históricos pretendía insertarlos en el imaginario de unos acontecimientos impulsados por el estamento castrense y al margen de la clase política. Quintino Bocaiúva, jefe del Partido Republicano Brasileiro encabezó dicho esfuerzo que decantó en un intento de alianza entre los históricos y el ejército, para interpretar las acciones de la proclamación como una acción militar aupada por los históricos y, por lo tanto, de inspiración civil, lo que alimentaría el imaginario de una República liberal (pp. 48-54).

“Tiradentes: um herói para a República” (pp. 55-73) se dedica, a su vez, al estudio de las formas en las que el relato histórico sobre este prócer fueron apeladas para fabricar un héroe que concitase en su derredor las expresiones más variadas y amplias del culto cívico. La poca densidad de los acontecimientos del 15 de noviembre y un conjunto diverso de protagonistas con poca profundidad histórica obligó la búsqueda de otro personaje: “Ante las dificultades en promover a los protagonistas del 15, quien al poco tiempo se reveló capaz de atender las exigencias de la mitificación fue Tiradentes” (p. 57). Su imagen de rebelde contra el régimen colonial, su historia revestida de heroísmo y su martirio *cristificado*, proveyeron la plasticidad necesaria para devenir en parte del mito fundante de la República, amén de su amplia aceptación popular. La elaboración mitológica de este héroe fue posible debido a la ambigüedad que encarnaba un personaje ajeno a las disputas políticas del Segundo Reinado y la República. “El secreto de la vitalidad del héroe está, tal vez, al final, en esa ambigüedad, en su resistencia a los continuos esfuerzos de descuartizamiento de su memoria” (p. 73).

En “República-mulher: entre Maria y Marianne” (pp. 75-108) se expone la discrepancia política y visual sobre la representación femenina de la nueva República. Siguiendo los patrones franceses, ella fue plasmada como una guerrera armada con lanza, escudo y gorro frigio; como una doncella joven y virtuosa opuesta a la efigie de una monarquía anciana, o como una madre protectora de sus hijos.

La caricatura de la época es el ejemplo más claro de aquella contienda. En la sátira intitulada “15 de Novembro”, dos ancianas de ásperos gestos intercambian un frío diálogo, son la República y la Monarquía. Otra viñeta muestra cómo una joven virtuosa y aplomada se transfigura en una dama disipada con un cigarro entre los labios, gesto desenfadado y un amplio escote. La primera evoca a la República en 1889 y la segunda en 1902. En otro dibujo, la Patria es representada como una tísica que no logra levantarse de la cama. Ha nacido enferma.

La creación de la bandera y el himno nacional se discuten en “Bandeira e Hino: o peso da tradição” (pp. 109-128). Si bien los tricolores a la norteamericana, junto a las notas de la Marsellesa eran del consumo de los políticos republicanos (y ellos mismo aspiraban a la instalación de modelos emblemáticos para el Brasil siguiendo estas dos balizas), la bandera “marca cometa”, diseñada por el positivista Villares, se impuso como símbolo de la nueva República a pesar de los cuestionamientos que la señalaban como sospechoso invento de una secta religiosa.

En relación al himno nacional, Murilo señala que su adopción tuvo como antecedente el uso de la Marsellesa, símbolo no solo la Revolución francesa, sino también de todos los revolucionarios y sus luchas. Durante los acontecimientos del 15 de noviembre, las notas del himno francés fueron entonadas sin suscitar reacción alguna entre el pueblo. Casi de inmediato fue interpretado un antiguo himno de amplia difusión popular. Se desató el furor cívico y el himno nacional fue escogido (pp. 122-128).

Finalmente, “Os positivistas e a manipulação do imaginário” (pp. 129-141) evalúa su influencia en el moldeamiento de los símbolos y rituales cívicos republicanos. El resultado de las batallas por el imaginario de la nación estuvo decisivamente intervenido por ellos, quienes lograron influir en la confección de buena parte de dichos símbolos y dejar instaladas sus propias ideas, creando en su derredor el halo de espiritualidad propio del culto positivista.

Pero un espectro ronda las páginas de la obra de Murilo. El repaso de la contienda por los símbolos nacionales brasileños y la configuración de la nación decanta en un argumento recurrente en sus trabajos: la idea de un proyecto nacional aún desplegándose, inacabado, en ciernes; y el trazo historiográfico de distinción (casi excepción) de la formación de la República brasileña en América conseguida, aparentemente, sin la fragmentación, inestabilidad y guerras que caracterizaron el origen republicano hispanoamericano.⁵ ¿Es el brasileño un proyecto nacional inacabado? ¿Dónde reside su excepcionalidad en relación con la experiencia republicana hispanoamericana? ¿Pueden entenderse los experimentos republicanos luso e hispanoamericanos separadamente?

Estas ideas, que han ido imbricándose en el canon historiográfico brasileño, son desde hace algunos años interrogadas por un conjunto de trabajos que ponen en evidencia, no solo la articulación y semejanzas que existen entre los procesos de independencia luso e hispanoamericanos, ambos atravesados por una profunda crisis de carácter regional, conflictos entre el poder central y los poderes locales, desarticulación de los enlaces internos, tradiciones políticas

5. Ver José Murilo de Carvalho, “As Marcas do Período”, en José Murilo de Carvalho, edit., *A Construção Nacional, 1830-1889*, Sao Paulo, Objetiva, 2012.

semejantes, desmontaje y readaptación de los aparatos administrativos, de acuerdo con las realidades regionales...; sino, además, en las relaciones entre liberalismo, ciudadanía y esclavitud; procesos de formación de los mercados y la intervención de la cultura popular en el moldeamiento de las percepciones de ciudadanía en el Brasil (Stella Bresciani, Cecilia Helena de Salles Oliveira, María Sylvia de Carvalho Franco, Izabel Andrade Marson, Joao Fragoso, Rafael de Bivar Marquese, por citar solo algunos investigadores).

La obra de José Murilo de Carvalho, *A Formação das Almas...* es, no obstante, un trabajo de historiografía cultural y política de notable importancia. Se trata de una obra minuciosa de estudio de las implicaciones imaginarias de la lucha política, de narrativa ágil, argumentación clara y lectura impecable que debe ser leída con interés por los historiadores hispanoparlantes y preocupados por el estudio de la formación de las repúblicas hispanoamericanas, en un ejercicio de diálogo historiográfico.

Santiago Cabrera Hanna*

Universidade de São Paulo (USP)

PLUTARCO NARANJO, *MITOS, TRADICIONES Y PLANTAS ALUCINANTES*,
QUITO, UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR/
CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL, 2012, 205 pp.

Plutarco estuvo atento a la publicación de este libro que, recientemente, han puesto en circulación la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, y la Corporación Editora Nacional. Fue, incluso, el tema de conversación de las dos últimas ocasiones en las cuales lo visité al mes de su partida. Y no pretendo opinar sobre su trabajo como si fuera una obra póstuma, porque su producción bibliográfica siempre estará presente para contribuir en el aprendizaje cotidiano de todos nosotros.

El historiador norteamericano Christopher Lloyd afirmó que la prueba fundamental de la validez de la investigación reside en su capacidad de dirigir la atención teórica y empírica, con la finalidad de estudiar de qué manera la acción de los hombres, el pensamiento y las estructuras interactúan causalmente en el tiempo.

Esta idea me conduce, sin dilaciones, al complejo tramado de las concatenaciones entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo material y lo espiritual –aquello que prefiero denominar el mundo de la subjetividad humana y hacia

* Becario del sistema CAPES PEC-PG 2012. Estudiante del programa de doctorado en História Social de la Universidade de São Paulo (USP), 2012-2017.

el antiguo y no bien resuelto problema del rol de los grupos humanos con características sociales y culturales propias, frente a los procesos estructurales de la sociedad.

Cuando se trata de aproximarnos a la figura y al pensamiento de Plutarco Naranjo Vargas, es inadmisibles tratar respecto de su obra sin convalidar la circunstancia de que su producción intelectual y académica devienen de un entorno histórico y conceptual específicos y que, de retorno a este mismo contexto, su producción ha sido capaz de favorecer tanto al desarrollo de las ideas como a la dinámica de los procesos sociales en marcha.

Con la finalidad de acercarnos a este nuevo libro de Plutarco Naranjo, se vuelve impostergable ubicar un par de señalamientos por los cuales transitó este académico, respecto de quien, las circunstancias de la vida, me pusieron cerca de él desde hace dos décadas a propósito de nuestras actividades en la Universidad Andina Simón Bolívar, en cuyo entorno fui descifrando su talento –a la par de su modestia– aprehendiendo su razonamiento crítico frente a los más variados sucesos en el mundo y ante las diversas circunstancias ocurridas en el país; y, porque de primera mano, además, pude advertir su producción académica y su ininterrumpida investigación en diversas áreas del conocimiento.

En efecto, el Área de Salud de nuestra UASB-E se constituyó en el lugar desde el cual Plutarco Naranjo propició los espacios necesarios para que las medicinas andinas y las alternativas, como expresión de las culturas de nuestros pueblos, tuvieran el escenario adecuado para su difusión, en el marco de un comportamiento que expresó el reconocimiento de la profunda diversidad de nuestro país y del mundo y que, incluso en su momento, confrontó con las visiones del Estado que había puesto prelación ante la variedad de saberes dedicados a interpretar la trilogía salud-enfermedad-curación.

Por ello, Plutarco impulsó cursos abiertos, encuentros académicos regionales y continentales de medicina tradicional, de etnomedicina y de medicinas comparadas, en cuyo contexto la medicina popular, la etnobotánica, el conocimiento de los ritos de algunas de nuestras culturas y el rol de los chamanes, por señalar algunos temas, se constituyeron en los insumos del reconocimiento a los demás, a los otros, a nuestras raíces.

Para impedir cualquier mirada oblicua sobre nuestra realidad histórica en la salud individual o en la colectiva, a fin de conocer las cosmovisiones de la enfermedad y los tratamientos de ella, Plutarco fundó y dirigió el espacio denominado Taller de Historia de la Salud, en cuyo entorno se preocupó, adicionalmente, en generar la reflexión sobre las ideas que han incidido en la construcción del pensamiento médico, lo cual nos ha demandado, hoy por hoy, el que nos hallemos trabajando para comprender, en periodos específicos de nuestra historia, las diversas circunstancias que en materia de salud

han caracterizado al Ecuador, así como al desarrollo de la salud colectiva en el país y en la región.

Cabe en este punto preguntarnos ¿por qué el afán de Plutarco Naranjo para estudiar los mitos y tradiciones y las culturas de la diversidad, particularmente del Ecuador y de América? En relación a esta interrogante no propongo hipótesis alguna, pues hay constataciones que si pueden, por el contrario, contribuir a que comprendamos la inquietud planteada.

Plutarco tuvo, en el Colegio Nacional Bolívar de Ambato, al científico Alfredo Paredes como uno de sus profesores quien, cuando Naranjo cursaba el quinto año, le designó su asistente para que pusiera en limpio los escritos referentes, entre otras cosas, a los textos de botánica que aquél había preparado.

Cuando Plutarco cursó en Quito sus estudios Universitarios, el propio Alfredo Paredes, quien entonces dirigía el Instituto Botánico, le llevó como su ayudante de laboratorio, encaminándole de esta manera, y certeramente, en la investigación. Su vinculación con el Instituto Botánico le ofreció las posibilidades para comenzar a estudiar las plantas medicinales de uso popular. Entonces apareció, su primer libro: *Necrosis fría de las plantas*. Plutarco, luego, sería director del mismo instituto desde donde fundó y dirigió la revista *Ciencia y Naturaleza*.

A partir de este entorno Plutarco pudo advertir y valorar de cerca que nuestros pueblos andinos, así como los diversos pueblos y culturas del mundo, cuentan con su propia medicina alternativa; popular, construida en las tradiciones y en los mitos y que, adicionalmente, sus terapias colectivas expresan también formas complejas en las relaciones de poder comunitarias y en la construcción de formas sociales particulares.

De allí que el libro *Mitos, tradiciones y plantas alucinantes* no solamente nos explica los modelos de enfermedad y de curación que tuvieron y tienen nuestros pueblos, sino que contribuye a la divulgación de un sistema de salud y de alimentación que, adicionalmente, desde la conquista de las metrópolis a nuestro continente, se fue estructurando en una doble vía, en esa especie de *transpolación* a la que Plutarco llamaba “el trueque entre los dos mundos”.

Entonces, aquello de adentrarse en el comportamiento de las culturas regionales y locales, el de preocuparse por los procedimientos sanatorios que involucran, asimismo, especificidad en los cultivos y en la producción de la Pacha Mama, fue una preocupación constante en Plutarco Naranjo, cuyos estudios sobre estas realidades expresaron su apertura a otras fuentes del conocimiento, y aún de fricción con los modelos científico-occidentales que, hasta no hace mucho, pospusieron la aprehensión de los conocimientos ancestrales sobre salud, enfermedad, terapias y alimentación, porque los habían encasillado, perversamente, en los logicismos de la racionalidad mecanicista o

los habían reducido en aquello que se llamó el idealismo fisiológico, más allá, incluso, de haberlos denostado a causa de los vericuetos del mercantilismo.

El mundo al que nos condujo Plutarco, a propósito de sus estudios y de sus publicaciones, no debe explicarse en una especie de *tareísmo* por dilucidar el mundo circundante. Su rigurosidad de investigador se encuentra atravesada, sustantivamente, en una razón que quiero insistir: en su adhesión epistemológica al pensamiento crítico, y no a las fórmulas reduccionistas o de percepción única que convergen en los dogmatismos; por ello, para reiterar esta realidad transcribo lo que en 1949, afirmara Plutarco Naranjo Vargas:

En el mejor de los casos las teorías se preocupaban de investigar los motivos ideales que presidían la actuación histórica de los hombres, sin pararse a indagar de dónde nacían estos motivos, sin ahondar en las leyes objetivas que rigen el sistema de las relaciones sociales y su desarrollo, *sin penetrar en las raíces de estas relaciones [...] Las viejas teorías hacían caso omiso de las masas de la población, de sus culturas y de sus actos [...]*¹

En estas palabras hay una definición clara sobre su valoración respecto del rol de la investigación, la misma que debe supeditarse, además, al accionar de los colectivos sociales y a sus propias especificidades o particularidades.

Esta forma de comprender el mundo por parte de Plutarco Naranjo se acrisoló con el uso de las categorías del materialismo histórico y del materialismo dialéctico, que no es lo mismo que relacionarse con los manuales prefabricados desde el poder que, también en la búsqueda de una forma de pensamiento único, construyeron un arquetipo conceptual que ignoraba el mundo subjetivo de los pueblos, a propósito de interpretar, únicamente, sus características económicas.

Plutarco estuvo lejos de estas imposturas como fue diametralmente opuesto con las corrientes positivistas en todas sus variantes –incluidas las neopositivistas– a más de ser cuidadoso de la metodología de la interdisciplinariedad desordenada y ecléctica.

Optó, a contrapelo, por el comportamiento analítico de las estructuras de clase y de sus diversidades, así como de los componentes que construyen la idea totalizadora del hombre, usando para ello los caminos de la dialéctica científica para llegar a conclusiones y a aportes que, como en el libro que comentamos, son invaluable en el mundo de las ideas; en el arte de la bibliografía sobre las culturas de nuestros pueblos y en la comprensión de las conductas de los pueblos indoamericanos, no obstante el recuento de comportamientos similares en las civilizaciones euroasiáticas a las cuales también se refiere este texto.

1. La cursiva es mía.

Fue, por todo lo afirmado, un activo adherente, por decirlo de alguna manera, con aquello que llamó el húngaro-alemán Georg Lukács el pensamiento totalizador definido por él de la manera siguiente: “La tarea del pensamiento totalizador consiste en expresar lo subjetivo en su conexión con lo que llamamos racional”. Plutarco no forzó aquella conexión: su libro *Mitos, tradiciones y plantas alucinantes* constituye el mejor ejemplo.

El Área de Salud de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador tuvo en Plutarco no solo al lúcido investigador que animó todos los proyectos académicos, de formación continua y de investigación; tuvimos, en él a un amigo y compañero que nos impulsaba en todas las utopías, partiendo de la concepción que afirma que el mundo debe ser el espacio no solo de la ciencia y la investigación, “sino de las gaviotas, de los montes y de los mares”, al decir de Mario Benedetti, pero, fundamentalmente, del género humano.

Su pensamiento y su ejemplo siempre formarán parte de las coordenadas que el Área de Salud trazará para construir el presente y el futuro, en su variada actividad académica, docente, investigativa y de relación y aprendizaje con la colectividad; esto es con nuestros pueblos.

Germán Rodas Chaves

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador